EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9666

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La orrespondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 23 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES
EN EL
MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—**Hornillos** para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—**Catres** de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente —**Cocinas** con horno muy económicas.—**Mosáicos** de madera para sustituir el alfombrado.—**Estufas** Chouberki nuevo modelo.—**Gas y electricidad**.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

COLABORACION INEDITA
DE
«EL FOMENTO LITERARIO.»

EL ULTIMO BAILE.

I.

Me encontraba en el baile al cual asistía por compromiso, por no dejar mal á los amigos que habían contado conmigo. Nos separamos al llegar al salón y en tanto que ellos corrían de un lado para otro, buscando pareja de su gusto, yo tomé asiento en una butaca, resuelto á contemplar el cuadro que se me ofrecía, mirando aquel abigarrado conjunto de figuras que ante mis ojos iban desfilando, como en un cosmorama.

Es triste cosa, que pocos comprenderán, esto de ir al baile á sabiendas de que voy á aburrirme. Siempre me pasó lo mismo; aun no he podido comprender el placer que experimentan los idólatras de Terpsícore, dando saltitos y haciendo piruetas. Y menos mal si se contentan con esto y no abusan de las bebidas, en cuyo caso convierten el baile en inmensa sala tabernaria...

Jamás he logrado divertirme en un baile, y solo consigo, cuando á alguno asisto, que acudan á mi mente tristes recuerdos de mejores días, llenándome el ánimo de pena y melancolía. .

Y ahora que, solo, en medio de tanta gente, al parecer alegre, estoy arrellenado en esta butaca con los brazos cruzados y la vista perdida en el espacio, mientras llegan á mi oido, envueltas en el rumor de tanta variada conversación, las notas que la orquesta derrama sobre aquella turba agitada y revoltosa, casi sin proponérmelo viene á mi memoria el recuerdo de una mujer, recuerdo que ha sido mi tormento y el acicate de mis deseos en infinitas ocasiones. Aun hoy cuando de ella me acuerdo, siento el calofrío que enerva, y como un suspiro suena en mis oidos suavemente, la dulce voz de aquella encantadora criatura.

La conocí en un baile; alegre y bulliciosa, cuando de un lado á otro paseaba yo la pesada carga de mi aburrimiento, acercóse á mí diciendo con dulce voz:—¡Cómo te aburres... tonto!—Y efectivamente, no me distraía. . con sus miradas y sus sonrisas de angel tentador, conseguí distraerme un poco logrando por último, aunque solo por aquella noche, que me reconciliara con el baile y quien sabe si su recuerdo es la causa de que estas parejas que ahora danzan vertiginosamente me parezcan figuras irrisorias, entes ridículos..

Pasé con ella; poco á poco fuí fijándome en aquella mujer de la cual me fue imposible ver la cara, aunque presumí que sería bellísima y radiante de felicidad, hubo un momento en que me creí el ser más dichoso de cuantos bailaban en el salón...

¿Qué traje vestía? Seguramente el traje aquel no está clasificado, ni tiene nombre: era un conjunto de telas, gasas y plumas ricamente adornadas y colocadas con gusto exquisito sobre tan primoroso cuerpo... Con el crugiente raso amalgamábase largas gasas bordadas de figuras y en las cuales surgían las flores de brillantes colores; lindo zapato de seda aprisionaba el diminuto pié dejando adivinar el camino de encantos desconocidos y sobre los sedosos bucles de sus rubios cabellos, rica diadema producía disparos de oro...

Cubría la mitad de su rostro negro antifaz, sobre el cual se destacaba el claro azul de sus pupilas, como expléndida aurora que surge de las sombras de la noche, presentando descubiertos los rojos labios y el cutis terso que convidaban á ensueños voluptuosos.

Yo no sabía quien pudiera ser aquella mujer... Que me conocía era indudable, y, seguramente con alguna intensidad por cuanto sabía las condiciones de mi carácter y otros mil pequeños detalles insignificantes de mi vida... Reconveníame cariñosamente diciendo:—Pero hombre, ¿á qué has venido? ¿A filosofar? Y en tanto yo, me reía de sus ocurrencias y de aquella locuacidad que me marcaba; la contemplaba silenciosamente oprimiendo su brazo, y aspirando el perfume que despedía... ¡Ea!—continuó diciéndome.—De sobra sabes que á estos sitios es ridículo venir y no divertirse. ¿Quieres ser mi caballero esta noche?

La orquesta preludiaba un wals de Straus y á los pocos momentos una pareja más giraba vertiginosamente, perdiéndose en las vueltas y revueltas de aquel *maremagnum* inconcebible...

Cuando consiguió su propósito, cuando su infantil alegría logró disipar en parte mi *spleen* de aquella noche, ví en aquella mujer de incógnito rostro, una prueba de la bondad y hermosura de su alma.

Su historia referida con cuatro palabras, púsome al corriente de su vida, y comprendí que tan divina criatura, remataba sus sonrisa con lágrimas, teniendo muchas veces sus alegrías nublados de tristezas.

Era una de tantas criaturas arrojadas enmedio del arroyo por la miseria ó la falta de cariño. Sin padres, sin parientes, creció, sin un amor que la guiase con solicitud por los escabrosos senderos de la vida, y puso su esperanza, su felicidad, toda la dulzura que podía guardar en su corazón, en un hombre. Quiso con toda su alma, con el cariño único, verdad, de los pocos años en que todo lo vemos azul, puro y sin manchas que empañase el cielo de la felicidad que ambicionamos.

Pero sucedió, como siempre en estos casos sucede, que el hombre aquel que no era digno de cariño tan grande, convirtió su pasión en juguete, burlándose de las caricias de aquella pobre niña tan confiada.

—En fin,—me decía después—mi historia es la historia entera... La que oís todos los días de labios de mujerzuelas sin pudor ni vergüenza, que os mienten sonrisas y amor á cambio de oro.—Y volvíamos á bailar con locura, vertiginosamente y mientras oprimía su talle y aspiraba el perfume de sus cabellos, decíala cuantas dulces palabras puede decir un hombre verdaderamente enamorado...

El recuerdo de aquella noche me mortifica, me llena de desasosiego... Quisiera encontrar á aquella mujer, verla, hablarla, caer de rodillas á sus pies y decirla que la amo, para gozar en sus brazos de todas las delicias del amor soñado... Pero... ¿dónde hallarla? Varios años han transcurrido y desde aquella noche no la he vuelto á ver á pesar de haberla buscado con interés de enamorado... ¡Oh! si se encontrara en este baile, aquí tan cerca de mi mano, sería capáz de disputársela á todos los príncipes de la tierra. . . . . .

II.

Salía del baile... Triste, aburrido, caminaba sin rumbo fijo... La casualidad me llevó á una calle en la que ví un grupo de curiosos.....—¡Escenas de Carnaval!—pensé...

Era la hora incierta en que la noche recoge sus sombras y huye velozmente apagando estrellas y encendiendo el mundo... Me acerqué al grupo y á la débil claridad de la mañana naciente, pude ver el cuerpo de un *pierrot* tendido sobre la acera, sobre un charco de sangre... Desvié la vista con repugnancia del *pierrot* y, lleno de espanto, contemplé el cuerpo de mi hermosa desconocida, con el mismo trage aquel que tanto admiré, con el mismo antifáz negro medio arrancado del rostro, y mirando al cielo con sus grandes ojos azules abiertos, muy abiertos, como queriendo salirse de sus órbitas y con los hermosos dientes apretados.... ¡Estaba muerta!... Sus ropas en desorden, su bello rostro descompuesto y pálido, sus ojos, en los que aparecía impreso el sello del dolor, sus rubios y sedosos cabellos tintos en el charco de sangre sobre el que estaba tendida, todo aquél conjunto que acusaba un drama espantoso, produjo en mí un efecto tan triste y penoso, que, después de contemplar largo rato aquél hermoso semblante ya falto de vida, me alejé de aquellos lugares con el alma traspasada de dolor y sin pretender enterarme de las causas que motivaron aquella desgracia...

¡Qué triste debió de ser el último baile de aquella desgraciada criatura! . . . . . .

III.

Hoy que han pasado varios años, no sé aún que motivó aquél doble crimen, pero asisto á todos los bailes sin perder ninguno y sin que nadie me haya visto bailar una sola vez...

No voy á divertirme, no voy á gozar del espectáculo, no voy en busca de ilusiones, voy á recordar con más verdad la imágen de una

---

fusos, como si las almas de todos los condenados se quejasen á un tiempo?

—No, no, dijo Heyward interrumpiéndolo, los alaridos han cesado, y espero que aquellos que los daban se habrán ido; todo está tranquilo y silencioso, venid pues á la gruta, y allí podréis cantar esos salmos que tanto nos gusta oir.

David lo miraba como si no lo entendiera, y sin embargo un rayo de satisfacción brilló en sus ojos al oir esta alusión. No vaciló ya, y se dejó conducir á un sitio en donde podría entregarse á su goce favorito, entrando en la caverna precedido del mayor.

El primer cuidado de Heyward en cuanto penetraron en ella, fué tapar la entrada con un montón de ramas de saxafras, detrás de este débil baluarte puso las mantas de los indios; de este modo, solo una débil claridad penetraba en la gruta por la segunda abertura que era muy estrecha, y que como hemos dicho ya daba á un brazo del río, que iba á reunirse al otro un poco mas abajo.

—No me gusta, dijo al concluir sus preparativos, esa máxima que enseña á los indios á ceder sin resistencia, en los casos que les parecen desesperados. La nuestra, que dice que la esperanza dura tanto como la vida, es mas consoladora, y es mas conforme al carácter del soldado. En cuanto á vos, Cora, no necesitaros ánimo; vuestra entereza, vuestra razón, os

sintió dispuesto á hacer nuevos esfuerzos, y recobró alguna confianza en sí mismo.

—No se ve á los Hurones, dijo aproximándose á David, que estaba sentado sobre una piedra, con la espalda apoyada en la roca, y cuya inteligencia no se había repuesto aún del golpe que su cabeza había recibido al caer, caida que había contribuido á hacerle perder el conocimiento, más que la bala que lo había herido: retirémonos á la gruta, y dejemos lo demás al cuidado de la Providencia.

—Recuerdo, dijo el maestro de salmodia, haber unido mi voz á la de dos amables damas para dirigir al cielo acciones de gracias, pero después Dios me ha castigado pos mis pecados. Me he amodorrado con un sueño que no era sueño, y mis oidos han sido desgarrados por unos sonidos tan discordantes, que no parecía sino que la plenitud de los tiempos habían llegado, y que la naturaleza había olvidado su armonía.

—Pobre diablo! dijo Heyward, bien poco ha faltado para que la plenitud de los tiempos fuese un hecho para tí. Vamos, seguidme, voy á llevaros á un sitio en donde no oireis más sonidos que los de vuestra salmodia,

—Hay melodía en el ruido de una catarata, dijo David pasándose la mano por la frente, y los sonidos que produce no tienen nada de desagradables. Pero no está aun el aire lleno de esos gritos horribles y con

sutilezas y sofismas; exclamó ella con vehemencia; ahora no debemos tener en cuenta más que nuestro deber. En la situación actual no podeis prestarnos ningún servicio, y debeis tratar de salvar una vida preciosa para vuestros amigos.

Nada contestó Duncan, pero dirigió una dolorosa mirada á Alicia que casi incapaz de sostonerse se apoyaba en su brazo.

—Reflexionad después de todo, continuó Cora, pasado un corto momento en que pareció luchar contra temores más vivos que aquellos que aparentaba temer, que la muerte es la peor cosa que puede sucedernos, y esa es un tributo que toda criatura debe pagar en el momento que plazca al Creador exigírselo.

—Cora, respondió Heyward con voz opaca, hay males peores que la muerte misma, y que la presencia de un hombre dispuesto á morir por vos puede desviar.

Cora no contestó nada, y cubriéndose el semblante con su chal, tomó el brazo de Alicia y entró con ella en la segunda gruta.